



ECONOMÍA

La política energética de Trump

Pedro Mielgo

Presidente de NGC Partners





En los días siguientes a la elección de Donald Trump como presidente de los Estados Unidos se desataron toda suerte de especulaciones sobre las políticas que seguiría en diversos campos. También en el de la energía, y esto cuando aún no se sabía quién se haría cargo de la Secretaría de Energía y apenas se habían empezado a conocer los nombres de su equipo de asesores.

En Europa, y en particular en España, los medios, con pocas excepciones, han publicado análisis carentes de rigor, nacidos sin duda del rechazo *a priori* a un candidato que, ciertamente, no es el que cabría esperar en una democracia consolidada y en una sociedad madura, o de la frustración de no ver cumplidas las expectativas de buena parte de la izquierda y de los sectores políticamente correctos. Sin embargo, esta ha sido la elección de los norteamericanos.

Es aún temprano para valorar su política, pues las afirmaciones de la campaña electoral suelen reflejar más bien eslóganes con un fuerte contenido emocional, más que propuestas meditadas. Un análisis ponderado de las posibles líneas políticas del nuevo Gobierno no debería basarse en emociones preelectorales o en tweets de 20 palabras. Lo habitual es que los candidatos apelen a los sentimientos más que a la razón, tanto los de los nuevos partidos como los que se suponen consolidados; véase el caso de Europa: Brexit, Podemos, Alternativa por Alemania, y otros ejemplos, no pocos, por cierto. En general, la retórica electoral tiene poco que ver con la realidad posterior. Un análisis de las diferencias entre lo dicho en campaña y lo realizado después mostraría algo que es evidente: los tiempos de la campaña y la estructura de los mítines y actos electorales son adecuados para frases cortas y tajantes, sin matices. Estos sólo se manifiestan a la hora de ponderar los factores que condicionan las decisiones en el ejercicio del poder ejecutivo.

Todo esto se acentúa, si cabe, en una campaña que, como ocurre cada vez con más frecuencia, se ha centrado en atacar al adversario. Sin embargo, las matizaciones y la moderación han hecho acto de presencia al día siguiente de la elección. Lo más útil será revisar lo que Trump ha dicho en su plan de 100 días y en los documentos programáticos publicados, teniendo en cuenta los perfiles de Trump y de los miembros de su equipo ya designados y los anuncios que ha ido haciendo en las semanas posteriores a la elección, para poder así deducir cuáles podrán ser sus líneas de actuación y las limitaciones y obstáculos a los que puede enfrentarse.

Para hacer una valoración se pueden adoptar distintas posturas. En un extremo, se puede pensar que Trump intentará llevar a cabo sus propuestas más duras, que se rodeará de halcones y que su supuesto extremismo, junto con la falta de experiencia política, le llevará a cometer un error tras otro. Este es el escenario implícito en buena parte de las reseñas de los principales medios. En el otro extremo, se puede pensar que se rodeará de un equipo de estrellas de la política y



► **Un análisis ponderado de las posibles líneas políticas del nuevo gobierno no debería basarse en emociones preelectorales o en tweets de 20 palabras**

llevará a cabo una política moderada, negociada, positiva y brillante en todos los sentidos, haciendo una interpretación templada de sus propuestas. Estas dos posturas reflejarían, de hecho, las de los opositores viscerales y la de los fieles adeptos al nuevo presidente.

Pero también se puede hacer un análisis más realista, tratando de ver las oportunidades y los fallos que hay en su programa, teniendo en cuenta que probablemente no pueda llevar a cabo todo lo que ha prometido (bueno o malo) por dos razones: porque sus asesores le instruirán en aquello que desconoce –y él les escuchará, en mayor o menor medida– y porque tendrá que aceptar compromisos con las dos Cámaras en muchos asuntos. Y esto, como empresario al que hay que reconocer una larga experiencia como negociador, hay que suponer que sí sabe hacerlo. Y también que es mejor acercarse a un objetivo previamente anunciado, aunque no se consiga del todo, siempre que se consiga lo esencial, que atascarse en la primera revuelta del camino por no pactar o por no escuchar las voces de los expertos, y granjearse así la desconfianza de votantes, mercados y socios internacionales.

1. La visión de Trump

La primera definición que se hace de Donald Trump es la de populista, pero este rasgo no es exclusivo ni definitorio de él. En la historia política de Estados Unidos hay una larga corriente populista, que se ha dejado sentir en diversos momentos en ambos partidos, y notablemente en el demócrata, y no sólo en los eslóganes de las campañas electorales sino en la propia acción de gobierno. Sacar a relucir este rasgo no sirve para aclarar en qué se diferencia Donald Trump de otros presidentes anteriores o de su rival en estas elecciones. Las afirmaciones de este tipo deberían venir acompañadas de un análisis detallado del grado de populismo de Trump comparado con el de los presidentes de las últimas décadas, análisis que no hemos visto hasta ahora.

En sus manifestaciones públicas en materia económica, Trump ha dejado traslucir tres rasgos más o menos claros: un color nacionalista en general (*America first, make America great again*) y proteccionista en materia económica; una convicción de que el exceso de burocracia y de regulación supone un sobre coste muy importante para las empresas, que impacta en su competitividad, y una pérdida de energía y recursos que deberían emplearse en generar riqueza; y por último, la idea de crear riqueza y empleo liberando esas energías humanas y empresariales.



► **La primera definición que se hace de Trump es la de populista, pero este rasgo no es exclusivo ni definitorio suyo. En la historia política de EE.UU. hay una larga corriente populista**

Las propuestas electorales de Donald Trump se recogen en un conjunto de documentos de programa publicados hace ya varios meses (<https://www.donaldj-trump.com/policies/>) que son más una visión que un programa detallado, aunque incluyen también algunas propuestas concretas.

Pero la política energética es, al fin y al cabo, un componente esencial de la política económica, y más aún en un país que se sitúa entre los primeros del mundo tanto en reservas de petróleo, gas y carbón, como en producción y consumo de energía. Por lo tanto, estos objetivos deben contemplarse en el marco de la política económica, que merece un comentario previo.

2. La política económica

Muy brevemente, su visión económica se apoya en cinco elementos principales:

- Una fuerte reducción de impuestos a las empresas y también a las familias, para fomentar el crecimiento.
- Un marco regulatorio moderno, es decir, que busque liberar el peso de la regulación y de la burocracia sobre la actividad económica. Trump afirma que el coste de la regulación supone cerca de 2 billones de dólares anuales, con un impacto en la renta familiar de 15.000 dólares al año¹.
- Una política comercial que ponga en primer lugar el interés nacional (*America First Trade Policy*).
- Liberación del potencial de los sectores energéticos en los términos antes descritos.
- Reducción de los capítulos de gasto a un ritmo del 1% anual, excepto Defensa y Seguridad.

Estos cinco pilares apoyarán la creación de empleo y de riqueza.

3. La energía: propuestas

En materia energética, el titulado *America First Energy Plan* combina cinco elementos:

¹ Las cifras están tomadas sin duda del informe anual sobre Regulación del *Competitive Enterprise Institute* (edición de 2016).



- Establece como primer objetivo estratégico la independencia energética.
- Proclama la decisión de reducir el peso de la regulación y de la burocracia en el sector de la energía –al igual que en el resto de la economía–, y propone levantar las restricciones que obstaculizan la explotación de los inmensos recursos energéticos de su país (“*untapped potential*”), atacando de paso las políticas de Obama.
- Afirma que la política energética debe ser compatible con la protección del medio ambiente.
- Contempla la energía y los sectores energéticos como una fuente de riqueza y propone crear riqueza y empleo al liberar el potencial latente.
- Finalmente, pone como objetivo económico y de política exterior la preeminencia energética de Estados Unidos.

Reconoce, pues, que la energía es una pieza clave de la política económica y encierra un gran potencial por explorar. Pero, además, la liberación de ese potencial se verá facilitada por las reducciones de impuestos y por otras medidas de política económica.

Estas cinco piezas componen y resumen la visión de Donald Trump sobre la política energética. Una visión es la expresión, más o menos matizada, pero en todo caso simplificada, de la configuración ideal de esa política. Por lo tanto, de ese diseño ideal a la realidad puede haber, y seguramente habrá, diferencias notables debidas a los condicionantes que irá imponiendo la realidad en cada momento, y esto ocurrirá aunque en la redacción de los breves documentos programáticos hayan participado expertos en el sector.

3.1. Continuidad, al menos relativa

Algunos elementos de la visión de Trump no son muy diferentes de lo que otros presidentes han proclamado y llevado a cabo, en mayor o menor medida. Se trata de una política más continuista de lo que puede parecer a primera vista. En primer lugar, el concepto de independencia energética como objetivo estratégico se acuñó en tiempos del presidente Carter, y se ha mantenido vigente como concepto básico de la política energética desde entonces².

En segundo lugar, la idea de simplificar la regulación no es una novedad absoluta. A diferencia de Europa, donde no parece haber interés en debatir cuestión tan importante y que castiga tanto la competitividad de las empresas, en Es-

² Véase, entre otros muchos documentos, *National Energy Policy*, Report of the National Energy Policy Development Group, May 2001 (<http://www.wtrg.com/EnergyReport/National-Energy-Policy.pdf>); *Blueprint for a secure Energy Future*, The White House, March 30, 2011 (<https://www.whitehouse.gov/issues/blueprint-secure-energy-future>).



tados Unidos hay voces insistentes y muy cualificadas en este sentido desde hace muchos años, y una viva preocupación por los costes de la regulación para la economía y para las empresas.

La afirmación de que energía y medio ambiente deben ser compatibles no supone ninguna ruptura con las políticas anteriores, todo lo contrario³, aunque Trump haya dicho que no ratificará el acuerdo de París (COP 21). Y decir que la energía es una fuente de riqueza es constatar una evidencia, sobre todo en un país como Estados Unidos, que ocupa el primer puesto en reservas de carbón (con un 26,6% del total mundial), el quinto en reservas de gas y es el primero o segundo productor de petróleo, a la par con Arabia Saudita.

Por último, buscar el predominio norteamericano en el mundo de la energía no supone más nacionalismo que el que han sostenido sus predecesores, al menos en las tres últimas décadas. Además de ser la economía avanzada que más ha progresado hacia una mayor independencia energética (autosuficiencia en el suministro de energía primaria y, en concreto, de combustibles fósiles), Estados Unidos es, con diferencia, el líder en el desarrollo de tecnologías energéticas avanzadas, ocupa un puesto relevante en los mercados mundiales de combustibles fósiles y está a la cabeza en las tecnologías de generación de electricidad a partir de fuentes renovables y en otras tecnologías clave para el futuro de los sectores energéticos, como los sistemas de almacenamiento masivo de electricidad. El dominio de las tecnologías energéticas (*fracking*, técnicas de *enhanced oil recovery*, y otras tecnologías avanzadas de exploración) es lo que le ha permitido reducir su dependencia de las importaciones de petróleo a menos del 30% de su consumo, desde el máximo del 60% de 2005, y el saldo importador de gas natural de 3.800 bcf en 2007 a 1.000 bcf en 2015. Todo esto está modificando la geoestrategia de los hidrocarburos, y se trata de cartas que siempre ha jugado en su política exterior. Por lo tanto, no es algo absolutamente nuevo sino la culminación de un largo camino iniciado hace décadas.

Veamos ahora cuáles son las medidas más probables, dejándolas al nivel de objetivos, que serán matizadas al convertirlas en decisiones políticas concretas, como queda dicho.

3.2. Petróleo y gas

Una de las primeras líneas de actuación será, sin duda, suavizar las restricciones actuales a las actividades de exploración y producción: más petróleo, más

³ Entre otras citas posibles, la *National Energy Policy* de 2001 se abre con esta declaración del entonces presidente George W. Bush: “Creo que podemos desarrollar nuestros recursos naturales y proteger nuestro medio ambiente”.



► **Trump ha dejado traslucir tres rasgos: nacionalista y proteccionista, contrario al exceso de burocracia y regulación, y favorable a liberar energías humanas y empresariales para crear riqueza**

fracking, menos importaciones en el medio plazo, menos dependencia del exterior, nuevos oleoductos.

La propuesta de facilitar la exploración y producción en tierras de propiedad federal es buena, pero sólo el 21% de la producción de petróleo y el 14% del gas tienen lugar en tierras federales, por lo que el impacto de una nueva política en este sentido será limitado. Por otra parte, el incentivo más poderoso a la exploración y producción está en el precio y en sus perspectivas a medio plazo, que dependen del mercado y de la política de la OPEP, y no del Gobierno federal.

Además, una política que facilitase el uso de tierras federales no impediría litigios iniciados por grupos sociales y activistas, sobre todo para frenar la construcción de oleoductos en función de sus trazados, con la consiguiente ralentización de la ejecución de este tipo de proyectos.

3.3. El carbón

El carbón se verá favorecido, después del declive provocado por las agresivas políticas ambientales de la Administración Obama; pero está por ver si el carbón para generación eléctrica va a mantener o reducir su cuota de mercado, y cuál va a ser la evolución de los precios del carbón en el mercado internacional, al que los productores norteamericanos dirigen sus excedentes, sobre todo a Europa. El problema de carbón no es de precios, sino más bien de demanda. El peso del carbón en la generación de energía eléctrica seguirá siendo alto⁴, pero ya hay una tendencia a la reducción de su consumo que no se va a detener por la política de la Administración norteamericana.

En todo caso, esta tendencia será lenta, pues los cambios en un sector de elevada intensidad de capital, como el eléctrico, no son posibles de la noche a la mañana, al margen de cuál sea la política de un gobierno.

3.4. El gas natural

El gas es otra pieza importante del puzzle. No sólo es un recurso abundante en Estados Unidos, sino que es esencial como respaldo para las renovables. Un precio

⁴ El *World Energy Outlook 2016* de la Agencia Internacional de la Energía prevé un aumento de la demanda de carbón del 5% entre 2014 y 2040 en el escenario *New Policies*, del 35% en el escenario *Current Policies* y sólo en el más agresivo (*Escenario 450*) es posible una reducción de la demanda de carbón, que sería del 49%.



del gas bajo es bueno para las economías domésticas, pero también para la industria, y favorecerá el uso del gas en generación como respaldo de las renovables, ante las (previsibles) exigencias crecientes en este sentido, para favorecer su integración evitando problemas de seguridad de operación de los sistemas eléctricos.

Aunque en el mercado interior de EE.UU. el carbón compite bien con el gas a los precios actuales, una política favorable a la producción de gas puede fomentar la competencia entre ambos combustibles, lo que tendrá un impacto positivo en los precios interiores y también en el mercado internacional. Y probablemente se decantará a favor del gas, por sus menores emisiones y su facilidad de manejo, en comparación con el carbón, y por su abundancia previsible en el largo plazo.

3.5. Energía nuclear

Llama la atención que durante la campaña Trump no se haya manifestado sobre la energía nuclear. Quizá porque da por sentado que el mercado y las decisiones de los operadores son suficientes para mantener este subsector en marcha, o que la garantía de la NRC (*Nuclear Regulatory Commission*) es suficiente para asegurar que las cosas se hacen con sensatez: alargamiento de vida (que ya ha sido aprobada para la gran mayoría de las centrales nucleares en operación), almacenamiento de combustible gastado en las centrales más antiguas o el cierre de otras. Nada de esto se verá influido por la política de Trump, teniendo en cuenta que el Partido Republicano ha apoyado históricamente la energía nuclear.

3.6. Energías renovables

En cuanto a las energías renovables, aunque Trump ha declarado que las considera “*ridiculously expensive*” (en lo que el pasado le da la razón, y el futuro está por ver, aunque la tendencia sea hacia una mayor competitividad), no es previsible que se anule el vigente esquema de incentivos fiscales que los dos partidos, demócrata y republicano, aprobaron a finales de 2015 con vigencia hasta 2020. Una decisión de eliminación retroactiva de estos incentivos no tendría precedentes y tendría un coste político inimaginable. El Congreso, aún dominado por el Partido Republicano, es muy independiente del Ejecutivo, a diferencia de lo que ocurre en Europa.

Otra cosa es lo que pueda suceder después de 2020. Sin embargo, la posible reducción o incluso eliminación de los apoyos fiscales a las energías renovables a medio plazo es coherente con el hecho de que los costes de inversión y de generación de estas tecnologías se han reducido de forma drástica en la última década. Tendencias similares (a la reducción de los incentivos) se reflejan tam-



► **La política energética es un componente esencial de la política económica en un país de los primeros del mundo en reservas de petróleo, gas y carbón, y en producción y consumo de energía**

bién en los cambios regulatorios que algunos países europeos han llevado o están llevando a cabo.

3.7. El medio ambiente: política climática y regulación

Trump se ha declarado más o menos escéptico acerca de las teorías del calentamiento global. La elección de Myron Ebell para dirigir su equipo de transición en la EPA (Agencia de Protección Medioambiental) parece confirmarlo. También ha afirmado que dejará de apoyar el acuerdo de París (COP 21). ¿Cómo conciliar esta afirmación con la protección del medio ambiente proclamada en el programa citado?

Esa afirmación significa más bien la convicción de que Estados Unidos no tiene por qué ser el primer contribuyente a los fondos de las Naciones Unidas o al fondo que se plantea en el acuerdo de París (100.000 millones de dólares al año) para fines que pueden ser loables, pero que hoy no responden a objetivos concretos ni existe ninguna garantía de que esos fondos vayan a conseguir aquellos objetivos. Lo que sí ha dicho Trump es que negociará con toda la dureza necesaria para que cualquier acuerdo internacional tenga una aportación positiva a los intereses de su país. Lo que diferencia a Trump de otros gobernantes, por ejemplo, los europeos, es que estos han decidido redimir al mundo del pecado original de las emisiones de CO₂, mientras él quiere que sus políticas –climáticas u otras– sean positivas para su país, sin negar que pueda haber objetivos comunes con otros países, incluso globales, en materia de medio ambiente o en otras.

Trump entiende que los compromisos para reducir las emisiones de gases de efecto invernadero a escala mundial son gravosos para los países más avanzados, que son los que más CO₂ y otros gases emiten. El ejemplo europeo es muy claro. Pero, sobre todo, la COP21 de París ha establecido las necesidades de financiación de los programas contra el cambio climático en cuantías muy elevadas, que sólo serán viables con cuantiosas contribuciones de las principales economías. Estados Unidos es el segundo emisor de CO₂, después de China, y sus emisiones son el 16% del total mundial, pero sus emisiones por habitante son las más altas del mundo, apenas superadas por Luxemburgo y seguidas de cerca por los países productores de petróleo y gas, y el consumo de energía primaria por habitante supera en Estados Unidos tres veces y media el promedio mundial. Todo esto debilita su posición negociadora a la hora de decidir las aportaciones de cada país. El objetivo de Trump no parece, pues, que sea ignorar la protección del medio ambiente –lo que va en con-



► **EE.UU. ha reducido notablemente sus emisiones específicas en los últimos años (las de CO₂ un 10% en la última década) apoyándose en el progreso tecnológico y en mecanismos de mercado**

tra de la racionalidad más elemental y encontraría una fortísima oposición interior y un gran coste diplomático— sino evitar o reducir un coste ciertamente elevado, ahorrando las gravosas contribuciones que Estados Unidos debería hacer a los programas ambientales de la ONU —y en particular las derivadas del acuerdo de París—.

Sin embargo, esto no significa que se desentienda de las políticas ambientales. Estados Unidos ha reducido notablemente sus emisiones específicas en los últimos años (las emisiones de CO₂ se han reducido en un 10% en la última década), apoyándose en el progreso tecnológico y en mecanismos de mercado, y no es fácil que abandone esta senda de mejora ambiental, por la diversidad de intereses en juego, no sólo económicos, sino también los de los partidos en las dos Cámaras y los *lobbies* ambientalistas. La política ambiental de Estados Unidos tiene una larga historia, con instrumentos legales muy eficaces y bien implantados (la *Energy Policy Act* de 2005, la *Green Power Network*, los incentivos fiscales a las energías renovables, el poder de los estados para fijar los niveles de RPS⁵, la *Climate Change Technology Initiative*, y otros muchos). Nada hace pensar que este edificio vaya a ser demolido de la noche a la mañana. Lo más probable es que el escepticismo climático de Trump —que deberá confirmarse en la práctica— sirva para evitar excesos que, por ejemplo, en Europa han supuesto un coste monumental hasta la fecha sin que se haya visto un efecto notable en términos de calentamiento.

Algunos sectores están muy preocupados por cuál será la política de Trump en materia ambiental. Una razón, entre otras, cobra especial relevancia. La política de Obama se basó en decisiones del Ejecutivo y no en actos legislativos, por lo que el nuevo Ejecutivo podría revisarla de un plumazo⁶. Si además buscarse apoyo parlamentario para implantar su visión, el cambio en el terreno de juego sería decisivo. Además, a los partidarios de mantener la política de Obama no les faltan motivos para estar preocupados. Un informe de *NERA Economic Consulting* concluye que el *Clean Power Plan* de la EPA costará 39.000 millones de dólares al año y llevará a incrementos de dos dígitos en el precio de la electricidad en la mayoría de los estados. Este argumento será muy importante en cualquier debate a partir de ahora.

⁵ RPS, *Renewable Portfolio Standards*, o cuota de electricidad producida a partir de fuentes renovables que las empresas deben suministrar a sus clientes. La fijación del nivel de RPS es competencia de los Estados.

⁶ Más de 300 organizaciones ambientalistas, empresariales y religiosas han firmado un manifiesto (ver <http://www.lowcarbonusa.org/>) pidiendo al presidente electo que mantenga la política de descarbonización y que se adhiera al acuerdo de París.



En cuanto a la regulación ambiental, que supone –y esto no lo niega nadie– una carga considerable, en términos de coste y de restricciones, a la actividad de las empresas, sobre todo las pequeñas y medianas, y a los consumidores, los cambios en la regulación federal están sometidos a procedimientos complejos y lentos, y no será fácil introducir cambios drásticos ni generalizados.

3.8. Menos burocracia, menos impuestos, menos intervencionismo: inversiones en infraestructuras

Trump manifiesta una clara decisión de reducir la burocracia (léase, exceso de regulación y costes de la misma). No cabe duda de que la combinación de una regulación menos burocrática y un programa de incentivos fiscales, junto con la reducción de impuestos anunciada, puede ser un revulsivo para la inversión, en especial en este sector, mejorando los márgenes de las empresas, aumentando el atractivo del sector energético como objetivo de inversión y apoyando la creación de empleo. Y todo esto en un momento en el que abunda en el mundo la liquidez en busca de oportunidades de inversión atractivas. Hay que esperar a ver cuál es el diseño detallado y qué apoyos encuentra en las Cámaras, pues todo esto tiene implicaciones importantes en materia presupuestaria, aunque, bien diseñado, puede ser incluso positivo desde el punto de vista fiscal. Se podrá hacer mejor o peor, pero no cabe duda de que aquí hay una gran oportunidad.

En cuanto a los costes de la regulación, cualquier esfuerzo para reducirlos debería ser bienvenido. Para dar idea de la cuantía de estos costes, el CEI (*Competitive Enterprise Institute*) estima⁷ que ascienden a 1,88 billones de dólares, equivalentes al 11% del PIB, y lo compara con la cifra agregada de beneficios de las empresas antes de impuestos (2,20 billones), y con la recaudación total de los impuestos de sociedades y sobre la renta de las personas físicas (1,82 billones). Si la Administración Trump es capaz de conseguir resultados en este terreno, habría marcado un hito en la tendencia intervencionista del último siglo, acentuada en las últimas décadas⁸.

Una energía más barata y menores impuestos apoyarán la competitividad de las empresas norteamericanas, y mejorarán su posición exportadora (si el tipo de cambio del dólar no empeora).

⁷ *Ten Thousand Commandments, an annual Snapshot on the Federal Regulatory State*, Competitive Institute, May 2016 (el informe se refiere al ejercicio 2015). <https://cei.org/10KC>

⁸ Entre una gran cantidad de datos, el mismo informe refiere –para dar idea de la tendencia intervencionista de la Administración– que, de los siete ejercicios con más páginas del *Federal Register*, seis corresponden a la Administración Obama (el informe no incluye el año 2016). Naturalmente, estas cifras se refieren al conjunto de la economía de EE.UU., no al sector de la energía, pero este no es de los menos afectados, por lo que una reducción de la carga regulatoria tendría un impacto indudable.



Con lo dicho hasta ahora queda claro que el impacto de estas medidas de incentivo a la inversión se centrará en determinados sectores. Trump ha anunciado también que fomentará la inversión en infraestructuras, uno de los puntos débiles de la economía norteamericana. No sólo autopistas, puertos o ferrocarriles, sino las redes eléctricas –que en Estados Unidos arrastran un déficit crónico de inversión– pueden beneficiarse de esta política que, además –también según manifestaciones del nuevo presidente–, no se apoyará sólo en gasto público, sino en incentivos fiscales y en una rebaja sustancial en el impuesto de sociedades. Una fórmula que puede ser muy eficiente precisamente para el sector eléctrico, y que no es onerosa para el contribuyente, pues ayuda a crear una actividad que, sin esos apoyos, no existiría.

4. Faltan los detalles, pero el diseño básico resulta atractivo

Además de algunas novedades de estas propuestas, lo cierto es que, como ya se ha dicho, mantienen una continuidad de fondo con las líneas esenciales de la estrategia energética de EE.UU. desde principios de la década de 1990. Las novedades están más bien en los programas de apoyo a la inversión: reducción de la carga regulatoria, incentivos fiscales, reducción de impuestos. Quizá sea esto lo que le faltaba a este sector, que se ha visto aquejado de una considerable incertidumbre a escala mundial, debido, al menos, a tres factores principales: el cambio de modelo sectorial como consecuencia de las políticas liberalizadoras (más en Europa que en Norteamérica, pero también allí), las amenazas que para los subsectores del petróleo, gas y carbón han supuesto las políticas climáticas (véase el modelo europeo), y el impacto a medio y largo plazo de la crisis económica, que ha originado un estancamiento o una reducción de la tasa de crecimiento de la demanda de energía en amplias regiones.

Trump está a favor de reducir el actual exceso de regulación energética, haciéndola menos onerosa, de la explotación de los recursos energéticos domésticos, del abaratamiento de la energía –con el consiguiente impacto positivo en la economía– y de la independencia energética de su país. Y todo esto, fomentando la inversión mediante estímulos fiscales y reducciones de impuestos, que creará empleo y riqueza. ¿Quién no se apuntaría a un programa así?

La visión y la estrategia suenan bien. Como suele ocurrir, “el diablo está en los detalles”. La clave estará en la ejecución de esa estrategia, que pondrá a prueba la flexibilidad, la capacidad de comunicación y el pragmatismo o visión práctica del nuevo Gobierno.

5. El nuevo secretario de Energía y la nueva Administración

En las primeras semanas de noviembre circularon diversos nombres de candidatos a la Secretaría de Energía, originados fuera del círculo próximo a Trump. El 12 de diciembre se dio a la publicidad el nombre del nuevo secretario de Energía.



► **Mientras los europeos han decidido redimir al mundo del pecado original de las emisiones de CO2, Trump quiere que sus políticas –climáticas u otras– sean positivas para su país**

Rick Perry es un nombre bien conocido en la política norteamericana, pero muchos desconocen si tiene experiencia en el terreno de la energía.

También en este caso, los medios más importantes se han lanzado a crear titulares llamativos. Por ejemplo: “Rick Perry, el secretario de Energía que quería *prohibir* (sic) el Departamento de Energía”⁹. Otros se lamentan de que haya un político al frente de esta cartera, señalando que “es un paso atrás” en la Administración norteamericana, pues los dos anteriores secretarios de Energía eran físicos, y uno de ellos premio Nobel (los mismos medios que hasta ayer aborrecían a los *tecnócratas*). Estas simplificaciones y falta de rigor analítico son, cuando menos, sorprendentes.

El *New York Times* resalta su propuesta de hace años de eliminar el Departamento de Energía –que sin duda era más una hipérbole propia de campaña electoral que una propuesta seria, y pretendía reflejar el exceso de burocracia y de regulación federal, cuyo peso él experimentaba en Texas– y resalta su falta de experiencia en los temas de proliferación nuclear, que son competencia de este Departamento.

Otros, en cambio, resaltan la que puede ser la verdadera razón de esta elección de Donald Trump. Como gobernador de Texas, Perry puso en marcha políticas que crearon empleo y protegieron al estado de la gran recesión¹⁰.

El nombramiento es coherente con los principios de política energética definidos por Trump: asegurar el abastecimiento de energía abundante, segura y barata, creando empleo y riqueza. ¿Sabe Perry lo que es la energía?

Rick Perry ha sido gobernador de Texas durante catorce años, lo que hace de él el gobernador con más tiempo en el cargo en ese estado. En los años de la última crisis, Texas creó el 49% de todos los nuevos empleos de Estados Unidos (lo cual, se mire como se mire, es un logro extraordinario), la mayor parte de ellos relacionados con la energía, es decir, con el *boom* del petróleo y del gas (las nuevas tecnologías de *fracking* y otras), pero también con las renovables. Cuando Perry tomó posesión como gobernador, la energía eólica era marginal en Texas (116 MW de capacidad instalada). Hoy cuenta con 18.500 MW, hay otros 8.000 MW en construcción, y aporta el 10% de la electricidad producida por el estado. Todo esto

⁹ *El Mundo*, 13 de diciembre de 2016.

¹⁰ *Forbes*, 14 de diciembre de 2016.



► **Si Trump es capaz de conseguir resultados en el terreno de la regulación, habrá marcado un hito en la tendencia intervencionista del último siglo, acentuada en las últimas décadas**

hace de Texas el primer estado en generación eólica, muy por delante del siguiente, Iowa, con 6.300 MW, y de la “verde” California, con 5.600 MW eólicos. Además, los precios minoristas de la electricidad están por debajo de la media nacional, y a gran distancia de los estados que más alardean de energías limpias (California y Nueva Inglaterra, entre otros). Por otra parte, Texas es también, con gran diferencia, el primer estado productor de petróleo y de gas natural.

No parece que se pueda negar que Rick Perry sabe lo que es la energía y que ha desarrollado una política que ha incrementado notablemente la riqueza del estado que le tocó gobernar, ni que esté perfectamente cualificado para este cargo. Más aún, en 2012 fue uno de los más sólidos candidatos en la carrera por la presidencia.

Naturalmente, todo esto no es un juicio de su gestión (que aún no ha empezado). Pero, en efecto, “no hace falta ser un científico nuclear para dirigir el Departamento de Energía”¹¹.

En cuanto a cuál será su política, más que hacer conjeturas antes de tiempo, viendo su trayectoria y sus logros anteriores, lo que cabe esperar no es que no elimine su Departamento, ni mucho menos, sino que lo orientará a las formas de energía que aseguren la independencia energética de Estados Unidos, que contribuyan a abaratar la energía para los consumidores y que apoyen a la industria nacional. Tampoco hay ninguna razón para pensar que vaya a cancelar los programas de desarrollo tecnológico, que han sido una constante en este Departamento. Pero sin duda tratará de que no se repitan fracasos como el de Solyndra, que acabó en bancarrota después de haber recibido de la Administración Obama 535 millones de dólares en garantías (con un científico al frente del Departamento, presuntamente experto en inversiones en nuevas tecnologías energéticas, NYT *dixit*).

Pero no sólo es el secretario de Energía, sino que todos los nuevos cargos ejecutivos mantienen puntos de vista muy diferentes de los de la Administración Obama. Scott Pruitt, el nuevo director de la EPA (*Environmental Protection Agency*), en su posición anterior de fiscal general de Oklahoma, presentó una demanda contra el Clean Power Plan. Al aceptar su nombramiento, Pruitt dijo que “los americanos están hartos de ver [cómo se imponen a las empresas] costes de miles de millones de dólares debido a normas innecesarias [de la EPA], y me propongo dirigir esta Agencia

¹¹ John D. Davidson en <http://thefederalist.com/>



promoviendo una protección responsable del medio ambiente y [a la vez] la libertad de empresa”. Ryan Zinke, secretario de Interior, ha dicho que “el cambio climático no es un engaño, pero tampoco está científicamente probado”, y lo que no se puede hacer es “desmantelar el sector de la energía sólo por si acaso”.

Todo esto da una idea de que, sin que haya que esperar un movimiento pendular extremo, se revisarán algunos presupuestos de la política ambiental seguida por la Administración Obama.

6. Los obstáculos

Ninguna política se implanta fácilmente, aunque la música suene bien el primer día. Aquí, las dificultades vendrán de cinco frentes:

- Los *lobbies* y el activismo ambientalistas, que siguen teniendo mucha fuerza; algunas de las asociaciones ambientalistas y defensoras de políticas climáticas duras tienen un poder innegable y su actividad de *lobby* ha calado muy hondo en la sociedad americana.
- En este sentido, también se encontrará con las presiones y los intereses de *lobbies* de los grupos empresariales que han hecho grandes negocios a la sombra de la política climática, y cuyos intereses creados son muy grandes y ahora pueden verse en el campo perdedor, al menos relativamente.
- Las negociaciones con las Cámaras, cuya independencia del Ejecutivo debe tenerse en cuenta a pesar de estar en manos republicanas. Hay que recordar que los congresistas son elegidos por distritos ante cuyos electores responden mucho más directamente que en la mayoría de los países europeos. Será necesaria una labor de explicación, convencimiento y negociación para vender bien unas reformas, algunas de las cuales pueden no ser bien recibidas en todos los estados, al menos en primera instancia.
- La oposición de los estados contrarios a alguna de estas políticas. Por ejemplo, California, donde existe una fuerte oposición a la idea de fomentar la exploración de petróleo y gas en sus costas.
- Las presiones internacionales, tanto diplomáticas como comerciales, para que Estados Unidos se sume a la política contra el calentamiento global (y aporte buena parte de los costes).

Todo esto pondrá a prueba el pragmatismo y la capacidad de comunicación y de negociación del nuevo equipo, que tendrá que dar la talla tanto en el interior como en el terreno diplomático.

7. Impacto internacional

El levantamiento de algunas de las actuales trabas a la exploración y producción de hidrocarburos debería aumentar la producción doméstica de petróleo y gas, lo que au-



mentaría la presión bajista sobre los precios, y también sobre la OPEP, si quiere mantener los precios en niveles aceptables (lo que en un primer momento pudo parecer un episodio de precios bajos ha empezado a dañar las economías y las cuentas fiscales de los socios de la OPEP y de otros productores no-OPEP, como Rusia, y ha conducido a las recientes decisiones de reducir la producción a partir de enero de 2017), así como sobre los países con costes de producción más altos. Buenas noticias para Europa y Japón, que podrán disfrutar de precios moderados de petróleo y gas. Por la misma razón, la competencia entre gas y carbón, y el probable aumento de oferta de ambos, será también otra buena noticia a escala internacional. El impacto sobre la geopolítica del petróleo y del gas será importante, en la medida en que los objetivos declarados se alcancen y del ritmo al que esto ocurra. La diplomacia americana tiene una labor considerable por delante.

En lo que se refiere a las energías renovables, la competencia del gas y del carbón, junto con el anuncio de la eliminación de apoyos fiscales a partir de 2020, será un estímulo positivo desde el punto de la competitividad, pues pondrá presión sobre los fabricantes de equipos energéticos para seguir reduciendo los costes, lo que sin duda impulsaría la competitividad de estas tecnologías y su atractivo a escala mundial. Lo que Trump busca es –y así figura en su plan– no eliminar las tecnologías renovables, sino abaratar la energía en todas sus formas. Por cierto, lo contrario de lo que ha conseguido Europa con su errónea política de renovables hasta ahora.

También estarán presentes en la arena internacional los mismos obstáculos citados, en la medida en que son trasladables.

Por último, una política de reducción del peso regulatorio y de fomento de las inversiones en infraestructuras, junto con las rebajas fiscales, abriría oportunidades de inversión en Estados Unidos a corto y medio plazo y de contratos para empresas extranjeras, entre ellas las españolas.

En cualquier caso, no cabe duda de que lo que ocurra en Estados Unidos tendrá un impacto nada despreciable en el resto del mundo. El mundo de la energía ha mostrado en las últimas décadas un dinamismo que hace medio siglo era inimaginable. Parece que el escenario para el futuro próximo nos reserva nuevas dosis de ese dinamismo. Como se atribuye al dicho oriental, nos espera vivir “*interesting times*”.